2006-09-19Comentario

Queridos amigos y amigas:

Más que ciudad, Naím era sólo una pequeña aldea. Estaba situada en el camino que desde el lago de Genesaret conducía a Samaría. A la entrada de este lugar el evangelio de hoy nos presenta dos comitivas: la encabezada por el dador de la vida y la precedida de la muerte.
El difunto era hijo único de madre viuda. E1 marido y el hijo habían muerto prematuramente. Esa muerte prematura podría ser interpretada como castigo por un pecado. Además, un hijo facilitaba la vida a la madre, proporcionándole compañía, protección legal, sustento, consuelo. Perder a este hijo, era una desgracia tan trágica que despertó la compasión de una multitud de la ciudad que la acompañaba. Tal vez podían a lo más consolarla, pero nadie podía socorrerla.
Jesús también se sintió lleno de compasión. Él predicaba y ofrecía la misericordia de Dios a los que sufren y lloran. El suyo era un poder al servicio de la misericordia. Poder y misericordia manifestaban la llegada de la salvación. “Por su entrañable misericordia, el Señor visita a su pueblo para iluminar a los que yacen en tinieblas y sombras de muerte” (Lc 1,78s).
El cadáver yacía en el féretro envuelto en un lienzo. Jesús, acercándose, consoló a la madre y tocó el féretro. Con ese gesto se detuvo el cortejo fúnebre. Para amar a una persona hay que acercarse a ella. Luego llamó al joven difunto, como si todavía viviera. Su llamada infundió vida. Jesús es el que «da vida a los muertos y llama a la misma nada a la existencia» (Rom 4,17). Su palabra poderosa demuestra que es «autor de la vida» (Hch 3,15). El joven se incorporó y comenzó a hablar. Jesús, a continuación, lo entregó a su madre.
Esta escena nos sitúa hoy ante esa legión de jóvenes, algunos de ellos conocidos y tal vez amigos, que han probado tempranamente el sabor de la muerte por mil y una trampas seductoras. Sus desgracias delatan nuestro fracaso como padres, educadores o amigos. Impotentes, hoy nuestros ojos se vuelven hacia el Sanador bueno, para pedir la vida. El que ha puesto su poder al servicio de la misericordia puede hacerlo. La resurrección de muertos puede repetirse. Muchas veces con la recuperación del sentido de la vida, tan importante o más que la vida misma.
Al final, lo hace notar el evangelio, Jesús entregó al joven de nuevo a su madre. Lo resucitó para devolvérselo. Resucitó al hijo y resucitó también a la madre.
En Jesús se vuelve a hacer patente el poder y la ternura de Dios, y también temor y asombro de las gentes, comienzo de la glorificación de Dios. Ha surgido un gran profeta, Jesús. Dios interviene en la historia. Dios ha visitado a su pueblo. Ahora se realiza lo anunciado proféticamente por el padre del Bautista: «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo y ha suscitado una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo» (Lc 1,68s). La fama de Jesús se extendió por toda Palestina y por la región circunvecina. La palabra de Dios que es palabra de vida, se propaga. Tenderá a conquistar el mundo.

Vuestro, amigo y hermano,
Juan Carlos cmf